

El señor **Durán**.— Pido la palabra, señor Presidente.

Los Senadores de estos bancos adherimos al homenaje que en estos instantes se rinde a la memoria del doctor Fajardo.

Por sus méritos y virtudes ciudadanas, mereció el aprecio de la Nación toda, especialmente al Senado, del cual tomó parte, le corresponde cumplir, en esta oportunidad, el deber de gratitud que significa el homenaje que se le rinde.

Los Senadores radicales expresamos, en especial, nuestro sentimiento al partido al cual el doctor Fajardo perteneció.

El señor **Bulnes**. — Pido la palabra.

En representación de los Senadores liberales, quiero unir la voz de mi partido al homenaje que en estos momentos se rinde.

El doctor Fajardo fué un hombre de gran espíritu público, que consagró su vida al servicio de su causa. Se desempeñó en diversos cargos de alta importancia siempre en forma correcta y digna.

Los Senadores liberales, repito, adherimos con mucho sentimiento a este homenaje.

El señor **Martínez** (don Carlos A.). — En realidad, señor Presidente, el doctor Pedro Fajardo fué un gran ciudadano. Nos tocó actuar juntos, en diversas oportunidades, en la vida pública de nuestro País, y siempre nos pudimos imponer de la rectitud de sus intenciones y de sus propósitos, siempre claros y definidos.

Por estas razones, consideramos que es muy justo el homenaje que se le rinde en estos momentos.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor González.

**RENUNCIA DE LA MESA DEL SENADO. —
DISCURSO POLITICO DEL SENADOR SEÑOR
CARLOS IBAÑEZ EN VALPARAISO**

El señor **González**. — Señor Presidente:

El Honorable Senado hubo de tomar conocimiento, en la sesión del miércoles pasado, de la renuncia formulada por su Vicepresidente, el Honorable señor Allende, renuncia que fundamentalmente se basó en

el hecho de que a su elección concurrieron los votos de los Senadores socialistas populares.

A esa renuncia, por solidaridad protocolar, tuvo que adherir también el señor Presidente de esta Corporación.

El cargo de Presidente del Senado tiene, a nuestro juicio, gran importancia, tanto por las responsabilidades constitucionales que involucra, como por el hecho de haberlo desempeñado durante tantos años y con extraordinaria ecuanimidad una personalidad tan señera como fué don Arturo Alessandri. Y así como estuvimos de acuerdo con todos los demás Senadores en elegir al actual Presidente del Senado, también estuvimos, naturalmente, de acuerdo en rechazar su renuncia, que por circunstancias excepcionales se había visto obligado a presentar.

No apreciábamos del mismo modo la situación de la Vicepresidencia del Senado. Nos parece que este cargo puede ser desempeñado por cualquiera de los Honorables colegas que conozca bien el Reglamento y tenga la soltura necesaria para manejar eficazmente los debates. En tal virtud, nos parecía que lo desempeñaba cumplidamente nuestro Honorable colega señor Allende, con la misma prestancia y con la misma competencia que cualquiera de sus antecesores, como el Honorable señor Martínez Montt u otros de los que han ilustrado ese cargo. Sin embargo, por razones de partido, y contra nuestro deseo, habríamos tenido que votar por la aceptación de esa renuncia. Pero a fin de evitarnos el cumplimiento de este deber, para nosotros ingrato, y como un homenaje al que fué nuestro compañero de partido y a quien, sean cuáles fueren las circunstancias políticas que nos distancien, no dejaremos de reconocerle sus cualidades, resolvimos, con mi Honorable colega señor Carlos Alberto Martínez, no concurrir a la sesión en que se iba a tratar esa renuncia.

Desgraciadamente, al término de la hora de Incidentes, nuestro Honorable colega señor Allende consideró necesario pedir una aclaración pública de ciertas expresiones del candidato de nuestro parti-

do, el Honorable señor Ibáñez, en una concentración de masas realizada en Valparaíso.

Me parece absolutamente legítimo, señor Presidente, que el Honorable señor Allende haya deseado pedir una explicación respecto del alcance de las expresiones contenidas en el discurso de nuestro colega el Honorable Senador señor Ibáñez, pero debo decir que lamento profundamente que, al hacerlo, lo haya hecho en términos tales que comprometen, a mi modo de ver, la dignidad misma de la Corporación.

En realidad, no fué tanto un emplazamiento al Honorable Senador señor Ibáñez lo que hizo el Honorable señor Allende, sino un ataque personal de extraordinaria violencia y de flagrante injusticia a la persona de un colega de esta Corporación.

No creo que sea del caso entrar a analizar el discurso de nuestro colega el Honorable señor Allende, pero tengo sí que manifestar nuestra profunda extrañeza por su actitud. Si se hubiera tratado de la defensa que un colega de la Corporación hacía de sus propias actuaciones políticas, de su actual posición dentro del problema presidencial, no habría tenido nada de particular, pero no me parece justo ni conveniente que, pretendiendo hacer esa defensa, se haya formulado, en realidad, una vehemente ofensa a otro miembro de la Corporación. Y me parece lamentable que el Senado haya acordado, por la unanimidad de los Senadores presentes en ese instante, publicar "in extenso" dicho discurso. Aparece, así, como interesado en realizar un acto que implica, indudablemente, propaganda partidista.

Yo debiera limitarme, señor Presidente, a dejar constancia de nuestra protesta por este hecho, pero quiero aprovechar, también, la oportunidad para manifestar cómo nosotros, los miembros del Partido Socialista Popular, aquí presentes, juzgamos que deben desenvolverse las contiendas cívicas. Desearíamos, por el prestigio de nuestras instituciones democráticas, que las luchas de los partidos se realizaran siempre en

un plano de inobjetable dignidad cívica sobre la base del más absoluto respeto a las personas, en el limpio terreno de los principios, de las ideologías, de las posiciones exclusivamente políticas.

No se escapa a nadie que, sobre todo cuando están en juego tan fuertes intereses, como sucede en la actualidad, cuando, en función de ellos, se desencadenan necesariamente enconadas pasiones, hay elementos que no pueden acomodarse a tales normas de convivencia ciudadana. Pero no podemos, por eso, responsabilizar a los dirigentes, ni tampoco a los candidatos.

Creo que la actitud del Senado, señor Presidente, nos pone en un peligroso camino: en el de llegar a transformar esta Alta Corporación en una especie de instrumento de las luchas partidistas; en el camino de traer hasta el seno de nuestros debates las pasiones multitudinarias, las odiosidades inconsultas, las injurias y las críticas que siempre en estas campañas se desatan en círculos irresponsables.

Todos los sectores ciudadanos que ejercen sus derechos en los marcos de la legalidad democrática deben merecer el más absoluto respeto. Nosotros no rehuiremos ninguna polémica, ninguna discusión que se desarrolle en un terreno elevado de principios. Pero advierto a los Honorable colegas que en ningún caso recogeremos ni contestaremos las injurias que se profieran contra nuestros hombres, ni los denuestos que se lancen contra nuestro candidato, ni las críticas arteras que puedan hacerse respecto de nuestra posición política.

Creo que, por la conveniencia del País, por la conveniencia de la propia dignidad del Senado y por la conveniencia del prestigio de la convivencia democrática, no deben repetirse en el seno de esta Alta Corporación hechos de tal especie.

Señor Presidente, quería dejar constancia de la extrañeza con que hemos visto la actitud del Honorable Senado y, también, de nuestra esperanza de que en lo sucesivo no se vuelvan a presentar situaciones como la que comento; de que la campaña presidencial pueda desarrollarse

menmenga alguna del prestigio de los partidos y de los hombres que en ella intervengan y que de sus resultados salga robustecida la democracia chilena.

Es lo que quería decir, señor Presidente respecto de la situación producida en sesión pasada.

El señor **Allende**. — Pido la palabra, señor Presidente.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Está inscrito primeramente el honorable señor Guzmán.

El señor **Guzmán**. — No tengo inconveniente en que el Honorable señor Allende hable primero.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Tiene la palabra el señor Allende.

El señor **Allende**. — Señor Presidente: Comprendo que para mí es difícil responder de inmediato a las palabras improvisadas, pero muy pensadas, del Honorable colega señor González. Dejaré pasar el tono zumbón inicial de sus expresiones, pues me basta considerar la honrosa actitud del Senado, al rechazar, por unanimidad, mi renuncia.

Sobre su opinión personal, que respecto, hoy como ayer, está la de esta Corporación, que, desde los distintos ángulos en que están ubicados los Senadores, estimó que el Senador que habla tiene algunas condiciones más que las de conocer el Reglamento, saber dirigir los debates y no negar la palabra a sus ex compañeros de partido.

Me interesa, señor Presidente, recoger, con la consideración debida, el fondo de la intervención del Honorable señor González, que campea desde muy alto, cuando analiza el derecho que tiene esta Corporación para adoptar la actitud que tomó por la unanimidad de los Senadores. El Senado adoptó su decisión sin que yo pidiera, y seguramente sin el ánimo de hacer una propaganda partidista, sino para expresar quizás una actitud solidaria o en el deseo de que se conociera el pensamiento que un Senador había expresado en este recinto, hecho que está dentro de la acción política a que tiene derecho cualquier

Senador y dentro de las atribuciones de la Corporación.

Señor Presidente, el Honorable señor González ha dicho que yo no he hecho una defensa, no he adoptado una actitud política, sino que he hecho una ofensa a un colega de trabajo, cuyo trabajo en el Senado es muy desconocido por todos, porque su ausencia es permanente, constante y cotidiana. Lamentamos, en verdad, que no asista a las Comisiones y que no nos ilustre en los debates con la prestancia de su cultura, de su sapiencia y de sus conocimientos.

Señor Presidente, yo he traído una protesta viril, enérgica, digna, y la voy a mantener sin olvidarme de aquel refrán tan sabido que dice: "Pájaro de mala ralea es aquel que empuerca su propio nido". Vale decir, sin tener una expresión para la tienda política en la cual me cobijé durante 18 años, ni para mis compañeros de partido. Pero, señor Presidente, sostuve y sostengo que, en este País, los sectores que están adheridos a la candidatura del señor Ibáñez han llevado y llevan su campaña política en términos tales que parece que, premeditadamente, desean arrastrar al País a la violencia en la expresión y en la acción. Lo advertí desde esta tribuna cuando pedí al Honorable Senador señor Ibáñez que se responsabilizara de sus palabras. Puesto que sus expresiones son como la cúspide de este clima, es conveniente, para él y para el País, que lo haga.

Señor Presidente, tengo a mano un periódico editado por el Partido Socialista Popular. No leeré lo que en él se dice en contra del Senador que habla. Tengo la seguridad de que no pueden compartir estas expresiones los Honorables Senadores señores Martínez y Eugenio González. Los conozco. Estamos ahora políticamente separados; pero nos une un viejo vínculo de muchas horas de lucha y de afán, dedicados a una causa justa. Ellos saben que no puedo ser "el sirviente del imperialismo norteamericano, el tráfuga de las ideas socialistas, el hombre que está haciendo el juego político a la Derecha, el individuo

que sirve incondicionalmente al Gobierno". Hace horas, no más, cuando hablaba sobre el cobre en la tienda política a que pertenecía, yo era el más decidido de los anti-imperialistas. En el Senado intervine seis veces cuando el Gobierno pidió facultades extraordinarias, y luego combatí con denuedo y tesón la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Yo era entonces, y sigo siéndolo, a través de todos los debates, el más resuelto y violento opositor al Gobierno, así como he sido y soy un adversario declarado de las ideas de la Derecha económica y de las ideas que informan el pensamiento doctrinario de los señores Senadores de los Partidos Liberal y Conservador.

Ello no me impide, sin embargo, respetarlos personalmente, pues creo que en una democracia no sólo se puede, sino que se debe tener esta actitud. Y nunca me he desmedido. Ellos saben que soy socialista y que ayer, hoy y mañana combatiré sus puntos de vista, como lo sabe también el Partido Radical — al cual me une una herencia, ya que mi padre y mi abuelo pertenecieron a esa colectividad política —. Saben sus personeros, que aun cuando los he combatido, reconozco el aporte que han hecho al progreso de este país. Sabe finalmente el señor González Videla que soy un opositor tenaz de su Gobierno.

¿Es esto dar a la lucha política el sentido elevado que reclama el Honorable señor González? ¿Emanan estas declaraciones de algún personero irresponsable, son fruto de la improvisación de un orador que, desde la tribuna, se ve arrastrado por la multitud? No, ellas traducen el pensamiento frío, la calumnia artera, la actitud despreciable del lenguaje medido, del hecho ideado en las sombras de la noche, para injuriar, calumniar y mentir. No me refiero, por último, a una insinuación vedada, que afecta al nombre limpio de un hombre limpio en la manera de ganarse la vida.

Cuando se adoptan actitudes de violencia, cuando se lucha contra tantos sectores diversos; cuando se habla rudamente contra el Gobierno y cuando se recuerdan las tiranías, es porque se tiene la concien-

cia tranquila y la certeza de poder defender sus actitudes clara y limpiamente. Dúle, sí, la falta de entereza para que alguien diga, señale, indique cualquier hecho afrentoso, cualquier actitud criticable.

Se dirá que éste no es un periódico oficial de la candidatura del señor Ibáñez, pero, señor Presidente, hay algo más, muchas cosas más. ¿Quién ha traído al Parlamento chileno el debate sobre campañas presidenciales? Un Diputado del Partido Socialista Popular, el Honorable señor Chelén Rojas, en una intervención de la semana pasada, del día miércoles, hacía la apología de la candidatura del señor Ibáñez. Aprovechaba, a juicio del Honorable señor González, la publicación a que tiene derecho como Diputado, para que se publicara "in extenso" su discurso. ¿Y qué cosas decía el Honorable señor Diputado!

Decía: "¿En qué pueblo de América la corrupción administrativa ha llegado a esos límites que a todos nos paralogiza?" ¿De qué país está hablando? ¿Está hablando de Chile!

¿En qué país de América ha llegado a esos límites la corrupción administrativa a esos límites, señor Presidente! ¿En todos los regímenes y en todas las épocas ha habido, por desgracia, hombres que, sin sentido público, han aprovechado su influencia en beneficio propio!

Pero nuestro país tiene en América una tradición de estabilidad y honradez, que no puede ser mancillada por la actitud esperádica de uno u otro gestor que puede haber en todas las tiendas políticas. Para que exista este tipo de corrupción administrativa jamás conocida, sería necesario que todos los goznes de la administración del Estado estuvieran despedazados, carcomidos; que el gestor encontrara apoyo y facilidad de acción en todos los ámbitos de la vida nacional. Ello, por suerte, no ocurre en Chile.

Pero, hay más.

Veamos lo que sostiene el Honorable señor Diputado:

"Obreros y empleados, pequeños agricultores, comerciantes e industriales, nues-

tra llamada "clase media", todos, todos, buscan anhelosos una ruta que los alivie del infortunio que gravita sobre sus espaldas. El hambre, la inmoralidad, la incapacidad reinante en todas las esferas, y que a diario se traduce en desfaleos, coimas, especulación y robo; es este clima de inmoralidad, regido por "cogoteros" y "arribistas", es lo que está haciendo reaccionar vigorosamente a la ciudadanía, y busca, a través de Ibáñez, una ruta de salvación, organizando un arrollador y pujante movimiento de masas, que nada ni nadie podrá detenerlo, como ya se evidencia a juzgar por las concentraciones multitudinarias, donde el pueblo le expresa su adhesión, haciendo de él su abanderado y símbolo de esperanzas y de justicia social".

Señor Presidente, ¿el Honorable señor González no se ha informado de este debate? ¿No ha leído estas palabras? Serán nuevas, me parece, en el léxico parlamentario, expresiones tales como "cogotero", "arribista" y una serie de adjetivos más que demuestran, a mi juicio, que el tono de responsabilidad que reclamaba, con justa razón, el Honorable señor González, no está dado precisamente por muchos de los personeros de la candidatura del señor Ibáñez.

Si tales cosas se sostienen en la Cámara de Diputados, ¿qué no se dirá frente a la multitud, en el calor de la improvisación, o en un teatro, o en la arenga inflamada que se pronuncia en la pampa, en la zona del cobre o del carbón? Es esto lo que me aterra, me inquieta y me llena de pesar.

Y sigo, señor Presidente, refiriéndome a declaraciones oficiales, a documentos emanados de la propia directiva del Partido Socialista Popular. Haciendo referencia, por ejemplo, a un manifiesto del Partido Socialista en que se entregó mi nombre a la lucha presidencial, se lanza una frase sobre la forma en que, cínicamente, el señor Allende hace un llamado para entregar de mejor manera las riquezas nacionales a los Estados Unidos.

Señor Presidente, yo he adoptado esta actitud y he insistido en estos hechos porque, por desgracia, y lo lamento, el Honorable

señor González, que tiene influencia en dicha directiva, no ha podido imponer allí el tono de serenidad que, a su juicio, debe tener la lucha democrática en un país. Yo no he tenido nunca una expresión despectiva — ni una sola — para los dirigentes o los Parlamentarios que ayer fueron mis compañeros de partido, ni menos para las bases, para la colectividad en la que milité tantos años.

Me duele, me extraña y me inquieta esta situación. Protesto por estos hechos y los traigo al conocimiento público para evidenciar que son otros los que quieren arrastrarme a un clima de violencia, y que yo tenía justificada razón para contestar en el Senado las palabras pronunciadas por un Senador de la República, candidato a la Presidencia, y difundidas ampliamente en todo el ámbito nacional. No fue mi propósito discutir los méritos que tanta gente reconoce al señor Ibáñez para llegar al solio de O'Higgins. No he discutido ni su actuación de gobernante ni sus pretensiones de candidato.

He discutido sus palabras, y pedido que se responsabilice de ellas, como una manera de atajar el alud en que nos estamos precipitando. Toda la prensa ha protestado por la forma en que se lleva la campaña del señor Ibáñez. Diputados de todos los bancos lo han hecho en la Honorable Cámara. Revistas como "Topaze" se han sentido, también, estigmatizadas, heridas, por las aseveraciones que se han hecho respecto a su independencia.

Yo he recogido, señor Presidente, lo que tenía derecho a recoger. El Honorable señor Ibáñez dijo en Valparaíso, que "la candidatura del 4.º Frente era una candidatura levantada por el Gobierno y con los recursos de la Derecha económica" y que "ésta era una nueva traición al pueblo".

Señor Presidente, esto es serio. Si los lugartenientes, si los hombres de segunda o de tercera fila, si los oradores irresponsables proceden creando un clima que está evidenciado en lo que he dicho, el jefe, el "líder", el caudillo, tiene la obligación de atajar a sus partidarios. Y yo tenía derecho a decir, repitiendo la vieja frase de

mo tiempo, ellas son una crítica fuerte al derecho que yo tenía de defender la limpieza de mi acción política y de mi nombre. Ojalá que las palabras de nuestro Honorable colega lleguen primero que nadie a los partidarios del candidato señor Ibáñez. Por mi parte, me mantendré en el terreno donde siempre estuve: el de respeto y de recuerdo cariñoso a la tienda política en que me forjé y a la cual debo todo lo que soy. He tenido discrepancias con los dirigentes del Partido Socialista Popular, por su táctica a mi juicio errada; pero nunca he proferido una sola palabra, ni una sola frase destinada a herir a los militantes socialistas populares o a sus dirigentes rojos.

He traído al Senado las expresiones de un candidato presidencial que superaban en-arrebato a las que sus partidarios lanzan en cada esquina, en cada plaza, calle, panfleto o periódico.

El clima de violencia no lo estamos desatando nosotros. No queremos la lucha fratricida. Lo sé, señor Presidente, y lo saben mejor que yo mis Honorables colegas señores, Martínez, don Carlos Alberto, y González. Ellos se fueron tiempo ha; yo me quedé en la tienda política. Ellos volvieron y yo sé que algún día nos encontraremos, como siempre, en un recodo del devenir social chileno, defendiendo al socialismo.

Yo no he renunciado al socialismo, a su ideología, a su filosofía, a sus principios. He dejado una tienda política, cuando creí que el camino elegido por su directiva era errado.

Señor Presidente, no he querido rozar en lo menor, con ninguna de mis palabras, a los Senadores del Partido Socialista Popular, pero he querido también dejar sentado el derecho que tengo para exponer mi pensamiento y, sobre todo, he traído los antecedentes que justifican mi actitud.

Nada más, señor Presidente.

El señor **González**. — Pido la palabra, señor Presidente.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Como ha llegado la hora de término de la sesión, solicito el asentimien-

to de la Sala para prorrogarla hasta el final de las observaciones del Honorable señor González.

Acordado.

Puede usar de la palabra Su Señoría.

El señor **González**. — Deseo hacer algunas breves aclaraciones, o, más bien, precisar algunos conceptos que he emitido y a los cuales se ha referido el Honorable señor Allende.

Creo haber sido bastante claro al decir que en ningún momento tuve la intención de desconocer el derecho del Honorable señor Allende para exigir la aclaración del alcance de las expresiones dichas por el Honorable señor Ibáñez en la concentración de Valparaíso.

Lo que efectivamente manifesté fué que consideraba inaceptables los términos del señor Senador para referirse a un colega de esta Corporación y candidato de nuestro partido.

A nadie que lea el discurso pronunciado por el Honorable señor Allende se le escapará que, más que el planteamiento de una posición personal, hay en casi todo su desarrollo un ataque vehemente a la persona del Honorable señor Ibáñez.

Esto es lo que yo considero inaceptable y, sobre todo, la actitud de la Corporación frente a un procedimiento de esta especie.

Soy el primero en lamentar — y lo sabe el Honorable señor Allende — la forma en que algunos elementos llevan las luchas políticas. No necesito siquiera decir que no comparto las expresiones periodísticas, mencionadas por el señor Allende, que implican menoscabo a su personalidad moral. Pero bien sabe el Honorable Senador, hombre fogueado en las contiendas partidarias desde hace muchos años, cómo es imposible mantener un "control" estricto sobre el desarrollo de una campaña de esta índole y cómo, sobre todo y por desgracia, se encuentran demasiado los ánimos cuando en un partido como el nuestro, que se encuentra luchando con poderosos enemigos que disponen de todos los medios para entorpecer nuestras iniciativas políticas, se produce la deserción de alguno de sus militantes caracterizados.

Bien se sabe que, por desgracia, los odios de familia son los más tremendos. A los que miramos este problema con objetividad y con serenidad no nos cabe sino lamentar **precisamente estas cosas**; no las justificamos, pero sí tenemos que explicárnoslas. Lo que debemos hacer todos — y en esto ojalá, por lo menos en el seno de esta Corporación, se manifestara cierta unidad de actitud — es poner todos nuestros esfuerzos convergentes para dignificar la lucha política, para apartar de ella lo que puede significar menoscabo de esas normas esenciales para la buena convivencia ciudadana. A eso he querido referirme esta tarde.

Lamento, lamentamos nosotros los Se-

nadores Socialistas Populares toda demasía de lenguaje o de conceptos que se haya producido respecto de cualquiera de los candidatos a la Presidencia de la República; pero no creo que por el hecho de haberse producido en círculos que escapan al "control" de los dirigentes superiores pueda incurrirse, en el propio Senado, en procedimientos de la misma naturaleza.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — **Ha llegado el término de la hora.**

Se levanta la sesión.

— **Se levantó la sesión a las 19.20.**

Alfonso G. Huidobro S.,

Jefe Suplente de la Redacción.

El señor **Durán**. — Pido la palabra, señor Presidente.

Los Senadores de estos bancos adherimos al homenaje que en estos instantes se rinde a la memoria del doctor Fajardo.

Por sus méritos y virtudes ciudadanas, mereció el aprecio de la Nación toda. Y especialmente al Senado, del cual formó parte, le corresponde cumplir, en esta oportunidad, el deber de gratitud que significa el homenaje que se le rinde.

Los Senadores radicales expresamos, en especial, nuestro sentimiento al partido al cual el doctor Fajardo perteneció.

El señor **Bulnes**. — Pido la palabra.

En representación de los Senadores liberales, quiero unir la voz de mi partido al homenaje que en estos momentos se rinde.

El doctor Fajardo fué un hombre de gran espíritu público, que consagró su vida al servicio de su causa. Se desempeñó en diversos cargos de alta importancia siempre en forma correcta y digna.

Los Senadores liberales, repito, adherimos con mucho sentimiento a este homenaje.

El señor **Martínez** (don Carlos A.). — En realidad, señor Presidente, el doctor Pedro Fajardo fué un gran ciudadano. Nos tocó actuar juntos, en diversas oportunidades, en la vida pública de nuestro País, y siempre nos pudimos imponer de la rectitud de sus intenciones y de sus propósitos, siempre claros y definidos.

Por estas razones, consideramos que es muy justo el homenaje que se le rinde en estos momentos.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor González.

**RENUNCIA DE LA MESA DEL SENADO. —
DISCURSO POLITICO DEL SENADOR SEÑOR
CARLOS IBÁÑEZ EN VALPARAISO**

El señor **González**. — Señor Presidente:

El Honorable Senado hubo de tomar conocimiento, en la sesión del miércoles pasado, de la renuncia formulada por su Vicepresidente, el Honorable señor Allende, renuncia que fundamentalmente se basó en

el hecho de que a su elección concurrieron los votos de los Senadores socialistas populares.

A esa renuncia, por solidaridad protocolar, tuvo que adherir también el señor Presidente de esta Corporación.

El cargo de Presidente del Senado tiene, a nuestro juicio, gran importancia, tanto por las responsabilidades constitucionales que involucra, como por el hecho de haberlo desempeñado durante tantos años y con extraordinaria ecuanimidad una personalidad tan señera como fué don Arturo Alessandri. Y así como estuvimos de acuerdo con todos los demás Senadores en elegir al actual Presidente del Senado, también estuvimos, naturalmente, de acuerdo en rechazar su renuncia, que por circunstancias excepcionales se había visto obligado a presentar.

No apreciábamos del mismo modo la situación de la Vicepresidencia del Senado. Nos parece que este cargo puede ser desempeñado por cualquiera de los Honorables colegas que conozca bien el Reglamento y tenga la soltura necesaria para manejar eficazmente los debates. En tal virtud, nos parecía que lo desempeñaba cumplidamente nuestro Honorable colega señor Allende, con la misma prestancia y con la misma competencia que cualquiera de sus antecesores, como el Honorable señor Martínez Montt u otros de los que han ilustrado ese cargo. Sin embargo, por razones de partido, y contra nuestro deseo, habríamos tenido que votar por la aceptación de esa renuncia. Pero a fin de evitarnos el cumplimiento de este deber, para nosotros ingrato, y como un homenaje al que fué nuestro compañero de partido y a quien, sean cuáles fueren las circunstancias políticas que nos distancien, no dejaremos de reconocerle sus cualidades, resolvimos, con mi Honorable colega señor Carlos Alberto Martínez, no concurrir a la sesión en que se iba a tratar esa renuncia.

Desgraciadamente, al término de la hora de Incidentes, nuestro Honorable colega señor Allende consideró necesario pedir una aclaración pública de ciertas expresiones del candidato de nuestro parti-

do, el Honorable señor Ibáñez, en una concentración de masas realizada en Valparaíso.

Me parece absolutamente legítimo, señor Presidente, que el Honorable señor Allende haya deseado pedir una explicación respecto del alcance de las expresiones contenidas en el discurso de nuestro colega el Honorable Senador señor Ibáñez, pero debo decir que lamento profundamente que, al hacerlo, lo haya hecho en términos tales que comprometen, a mi modo de ver, la dignidad misma de la Corporación.

En realidad, no fué tanto un emplazamiento al Honorable Senador señor Ibáñez lo que hizo el Honorable señor Allende, sino un ataque personal de extraordinaria violencia y de flagrante injusticia a la persona de un colega de esta Corporación.

No creo que sea del caso entrar a analizar el discurso de nuestro colega el Honorable señor Allende, pero tengo sí que manifestar nuestra profunda extrañeza por su actitud. Si se hubiera tratado de la defensa que un colega de la Corporación hacía de sus propias actuaciones políticas, de su actual posición dentro del problema presidencial, no habría tenido nada de particular, pero no me parece justo ni conveniente que, pretendiendo hacer esa defensa, se haya formulado, en realidad, una vehemente ofensa a otro miembro de la Corporación. Y me parece lamentable que el Senado haya acordado, por la unanimidad de los Senadores presentes en ese instante, publicar "in extenso" dicho discurso. Aparece, así, como interesado en realizar un acto que implica, indudablemente, propaganda partidista.

Yo debiera limitarme, señor Presidente, a dejar constancia de nuestra protesta por este hecho, pero quiero aprovechar, también, la oportunidad para manifestar cómo nosotros, los miembros del Partido Socialista Popular, aquí presentes, juzgamos que deben desenvolverse las contiendas cívicas. Desearíamos, por el prestigio de nuestras instituciones democráticas, que las luchas de los partidos se realizaran siempre en

un plano de inobjetable dignidad cívica, sobre la base del más absoluto respeto a las personas, en el limpio terreno de los principios, de las ideologías, de las posiciones exclusivamente políticas.

No se escapa a nadie que, sobre todo cuando están en juego tan fuertes intereses, como sucede en la actualidad, y cuando, en función de ellos, se desencadenan necesariamente enconadas pasiones, hay elementos que no pueden acomodarse a tales normas de convivencia ciudadana. Pero no podemos, por eso, responsabilizar a los dirigentes, ni tampoco a los candidatos.

Creo que la actitud del Senado, señor Presidente, nos pone en un peligroso camino: en el de llegar a transformar esta Alta Corporación en una especie de instrumento de las luchas partidistas; en el camino de traer hasta el seno de nuestros debates las pasiones multitudinarias, las odiosidades inconsultas, las injurias y las críticas que siempre en estas campañas se desatan en círculos irresponsables.

Todos los sectores ciudadanos que ejercen sus derechos en los marcos de la legalidad democrática deben merecer el más absoluto respeto. Nosotros no rehuiremos ninguna polémica, ninguna discusión que se desarrolle en un terreno elevado de principios. Pero advierto a los Honorables colegas que en ningún caso recogeremos ni contestaremos las injurias que se profieran contra nuestros hombres, ni los denuestos que se lancen contra nuestro candidato, ni las críticas arteras que puedan hacerse respecto de nuestra posición política.

Creo que, por la conveniencia del País, por la conveniencia de la propia dignidad del Senado y por la conveniencia del prestigio de la convivencia democrática, no deben repetirse en el seno de esta Alta Corporación hechos de tal especie.

Señor Presidente, quería dejar constancia de la extrañeza con que hemos visto la actitud del Honorable Senado y, también, de nuestra esperanza de que en lo sucesivo no se vuelvan a presentar situaciones como la que comento; de que la campaña presidencial pueda desarrollarse

sin mengua alguna del prestigio de los partidos y de los hombres que en ella intervengan y que de sus resultados salga robustecida la democracia chilena.

Es lo que quería decir, señor Presidente, respecto de la situación producida en la sesión pasada.

El señor **Allende**. — Pido la palabra, señor Presidente.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Está inscrito primeramente el Honorable señor Guzmán.

El señor **Guzmán**. — No tengo inconveniente en que el Honorable señor Allende hable primero.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Tiene la palabra el señor Allende.

El señor **Allende**. — Señor Presidente: Comprendo que para mí es difícil responder de inmediato a las palabras improvisadas, pero muy pensadas, del Honorable colega señor González. Dejaré pasar el tono zumbón inicial de sus expresiones, pues me basta considerar la honrosa actitud del Senado al rechazar, por unanimidad, mi renuncia.

Sobre su opinión personal, que respeto, hoy como ayer, está la de esta Corporación, que, desde los distintos ángulos en que están ubicados los Senadores, estimó que el Senador que habla tiene algunas condiciones más que las de conocer el Reglamento, saber dirigir los debates y no negar la palabra a sus ex compañeros de partido.

Me interesa, señor Presidente, recoger, con la consideración debida, el fondo de la intervención del Honorable señor González, que campea desde muy alto, cuando analiza el derecho que tiene esta Corporación para adoptar la actitud que tomé por la unanimidad de los Senadores. El Senado adoptó su decisión sin que yo pidiera, y seguramente sin el ánimo de hacer una propaganda partidista, sino para expresar quizás una actitud solidaria o en el deseo de que se conociera el pensamiento que un Senador había expresado en este recinto, hecho que está dentro de la acción política a que tiene derecho cualquier

Senador y dentro de las atribuciones de la Corporación.

Señor Presidente, el Honorable señor González ha dicho que yo no he hecho una defensa, no he adoptado una actitud política, sino que he hecho una ofensa a un colega de trabajo, cuyo trabajo en el Senado es muy desconocido por todos, porque su ausencia es permanente, constante y cotidiana. Lamentamos, en verdad, que no asista a las Comisiones y que no nos ilustre en los debates con la prestancia de su cultura, de su sapiencia y de sus conocimientos.

Señor Presidente, yo he traído una protesta viril, enérgica, digna, y la voy a mantener sin olvidarme de aquel refrán tan sabido que dice: "Pájaro de mala ralea es aquel que empuerca su propio nido". Vale decir, sin tener una expresión para la tienda política en la cual me cobijé durante 18 años, ni para mis compañeros de partido. Pero, señor Presidente, sostuve y sostengo que, en este País, los sectores que están adheridos a la candidatura del señor Ibáñez han llevado y llevan su campaña política en términos tales que parece que, premeditadamente, desean arrastrar al País a la violencia en la expresión y en la acción. Lo advertí desde esta tribuna, cuando pedí al Honorable Senador señor Ibáñez que se responsabilizara de sus palabras. Puesto que sus expresiones son como la cúspide de este clima, es conveniente, para él y para el País, que lo haga

Señor Presidente, tengo a mano un periódico editado por el Partido Socialista Popular. No leeré lo que en él se dice en contra del Senador que habla. Tengo la seguridad de que no pueden compartir estas expresiones los Honorables Senadores señores Martínez y Eugenio González. Los conozco. Estamos ahora políticamente separados; pero nos une un viejo vínculo de muchas horas de lucha y de afán, dedicados a una causa justa. Ellos saben que no puedo ser "el sirviente del imperialismo norteamericano, el tránsito de las ideas socialistas, el hombre que está haciendo el juego político a la Derecha, el individuo

que sirve incondicionalmente al Gobierno". Hace horas, no más, cuando hablaba sobre el cobre en la tienda política a que pertenecía, yo era el más decidido de los anti-imperialistas. En el Senado intervine seis veces cuando el Gobierno pidió facultades extraordinarias, y luego combatí con denuesto y tesón la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Yo era entonces, y sigo siéndolo, a través de todos los debates, el más resuelto y violento opositor al Gobierno, así como he sido y soy un adversario declarado de las ideas de la Derecha económica y de las ideas que informan el pensamiento doctrinario de los señores Senadores de los Partidos Liberal y Conservador.

Ello no me impide, sin embargo, respetarlos personalmente, pues creo que en una democracia no sólo se puede, sino que se debe tener esta actitud. Y nunca me he desmedido. Ellos saben que soy socialista y que ayer, hoy y mañana combatiré sus puntos de vista, como lo sabe también el Partido Radical — al cual me une una herencia, ya que mi padre y mi abuelo pertenecieron a esa colectividad política —. Saben sus personeros, que aun cuando los he combatido, reconozco el aporte que han hecho al progreso de este país. Sabe finalmente el señor González Videla que soy un opositor tenaz de su Gobierno.

¿Es esto dar a la lucha política el sentido elevado que reclama el Honorable señor González? ¿Emanan estas declaraciones de algún personero irresponsable, son fruto de la improvisación de un orador que, desde la tribuna, se ve arrastrado por la multitud? No, ellas traducen el pensamiento frío, la calumnia artera, la actitud despreciable del lenguaje medido, del hecho ideado en las sombras de la noche, para injuriar, calumniar y mentir. No me refiero, por último, a una insinuación vedada, que afecta al nombre limpio de un hombre limpio en la manera de ganarse la vida.

Cuando se adoptan actitudes de violencia, cuando se lucha contra tantos sectores diversos; cuando se habla rudamente contra el Gobierno y cuando se recuerdan las tiranías, es porque se tiene la concien-

cia tranquila y la certeza de poder defender sus actitudes clara y limpiamente. Duele, sí, la falta de entereza para que alguien diga, señale, indique cualquier hecho afrentoso, cualquier actitud criticable.

Se dirá que éste no es un periódico oficial de la candidatura del señor Ibáñez; pero, señor Presidente, hay algo más, hay muchas cosas más. ¿Quién ha traído al Parlamento chileno el debate sobre las campañas presidenciales? Un Diputado del Partido Socialista Popular, el Honorable señor Chelén Rojas, en una intervención de la semana pasada, del día miércoles, hacía la apología de la candidatura del señor Ibáñez. Aprovechaba, a juicio del Honorable señor González, la publicación a que tiene derecho como Diputado, para que se publicara "in extenso" su discurso. ¿Y qué cosas decía el Honorable señor Diputado!

Decía: "¿En qué pueblo de América la corrupción administrativa ha llegado a límites que a todos nos paralogiza?" ¿De qué país está hablando? ¿Está hablando de Chile!

¿En qué país de América ha llegado la corrupción administrativa a esos límites, señor Presidente! ¿En todos los regímenes y en todas las épocas ha habido, por desgracia, hombres que, sin sentido público, han aprovechado su influencia en beneficio propio!

Pero nuestro país tiene en América una tradición de estabilidad y honradez, que no puede ser mancillada por la actitud esporádica de uno u otro gestor que puede haber en todas las tiendas políticas. Para que exista este tipo de corrupción administrativa jamás conocida, sería necesario que todos los goznes de la administración del Estado estuvieran despedazados, carcomidos; que el gestor encontrara apoyo y facilidad de acción en todos los ámbitos de la vida nacional. Ello, por suerte, no ocurre en Chile.

Pero, hay más.

Veamos lo que sostiene el Honorable señor Diputado:

"Obreros y empleados, pequeños agricultores, comerciantes e industriales, nues-

tra llamada "clase media", todos, todos, buscan anhelosos una ruta que los alivie del infortunio que gravita sobre sus espaldas. El hambre, la inmoralidad, la incapacidad reinante en todas las esferas, y que a diario se traduce en desfalcos, coimas, especulación y robo; es este clima de inmoralidad, regido por "cogoteros" y "arribistas", es lo que está haciendo reaccionar vigorosamente a la ciudadanía, y busca, a través de Ibáñez, una ruta de salvación, organizando un arrollador y pujante movimiento de masas, que nada ni nadie podrá detenerlo, como ya se evidencia a juzgar por las concentraciones multitudinarias, donde el pueblo le expresa su adhesión, haciendo de él su abanderado y símbolo de esperanzas y de justicia social".

Señor Presidente, ¿el Honorable señor González no se ha informado de este debate? ¿No ha leído estas palabras? Serán nuevas, me parece, en el léxico parlamentario, expresiones tales como "cogotero", "arribista" y una serie de adjetivos más que demuestran, a mi juicio, que el tono de responsabilidad que reclamaba, con justa razón, el Honorable señor González, no está dado precisamente por muchos de los personeros de la candidatura del señor Ibáñez.

Si tales cosas se sostienen en la Cámara de Diputados, ¿qué no se dirá frente a la multitud, en el calor de la improvisación, o en un teatro, o en la arenga inflamada que se pronuncia en la pampa, en la zona del cobre o del carbón? Es esto lo que me aterra, me inquieta y me llena de pesar.

Y sigo, señor Presidente, refiriéndome a declaraciones oficiales, a documentos emanados de la propia directiva del Partido Socialista Popular. Haciendo referencia, por ejemplo, a un manifiesto del Partido Socialista en que se entregó mi nombre a la lucha presidencial, se lanza una frase sobre la forma en que, cínicamente, el señor Allende hace un llamado para entregar de mejor manera las riquezas nacionales a los Estados Unidos.

Señor Presidente, yo he adoptado esta actitud y he insistido en éstos hechos porque, por desgracia, y lo lamento, el Honorable

señor González, que tiene influencia en dicha directiva, no ha podido imponer allí el tono de serenidad que, a su juicio, debe tener la lucha democrática en un país. Yo no he tenido nunca una expresión despectiva — ni una sola — para los dirigentes o los Parlamentarios que ayer fueron mis compañeros de partido, ni menos para las bases, para la colectividad en la que milité tantos años.

Me duele, me extraña y me inquieta esta situación. Protesto por estos hechos y los traigo al conocimiento público para evidenciar que son otros los que quieren arrastrarme a un clima de violencia, y que yo tenía justificada razón para contestar en el Senado las palabras pronunciadas por un Senador de la República, candidato a la Presidencia, y difundidas ampliamente en todo el ámbito nacional. No fué mi propósito discutir los méritos que tanta gente reconoce al señor Ibáñez para llegar al solio de O'Higgins. No he discutido ni su actuación de gobernante ni sus pretensiones de candidato.

He discutido sus palabras, y pedido que se responsabilice de ellas, como una manera de atajar el alud en que nos estamos precipitando. Toda la prensa ha protestado por la forma en que se lleva la campaña del señor Ibáñez. Diputados de todos los bancos lo han hecho en la Honorable Cámara. Revistas como "Topaze" se han sentido, también, estigmatizadas, heridas, por las aseveraciones que se han hecho respecto a su independencia.

Yo he recogido, señor Presidente, lo que tenía derecho a recoger. El Honorable señor Ibáñez dijo en Valparaíso, que "la candidatura del 4.º Frente era una candidatura levantada por el Gobierno y con los recursos de la Derecha económica" y que "ésta era una nueva traición al pueblo".

Señor Presidente, esto es serio. Si los lugartenientes, si los hombres de segunda o de tercera fila, si los oradores irresponsables proceden creando un clima que está evidenciado en lo que he dicho, el jefe, el "líder", el caudillo, tiene la obligación de atajar a sus partidarios. Y yo tenía derecho a decir, repitiendo la vieja frase de

un violento y brillante Parlamentario liberal: "Con la jauría, no; con el jefe, sí".

Por eso, he querido, señor Presidente, traer a este recinto dicha acusación. ¿Qué implica: "candidatura levantada por el Gobierno"? ¿Acaso mi candidatura no está apoyada por el Partido Comunista? ¿No es una ofensa tremenda la que se hace a ese partido, que ha sido vapuleado, sobre el que pesa la Ley de Defensa de la Democracia, sobre el cual ha caído el azote permanente del Gobierno?

¿Levantada por el Gobierno, señor Presidente!

Me parece que las palabras tienen un contenido y una significación.

"Candidatura sostenida con los recursos de la Derecha económica". ¿Cuáles son los recursos? ¿Son dos económicos? ¿Podría sostenerlo el Honorable Senador? ¿Se atrevería a hacerlo? ¿Es la prensa? ¿Son sus diarios? Aquí tengo recortes de todos los diarios. No aburriré al Senado con la lectura de "El Diario Ilustrado", "La Nación", "El Mercurio". En todos ellos se hace propaganda a los demás candidatos. Pero desde hace algunos días, precisamente en estos diarios, se ha acentuado la campaña contra el Partido Comunista y, por cierto, se quiere presentar mi candidatura como de inspiración comunista.

Señor Presidente, mi candidatura no es el rostro del Partido Comunista con la máscara socialista. No. Ni el Partido Comunista lo aceptaría, ni yo tampoco.

Sabe el País las discrepancias que he tenido con el partido mencionado. He discutido con los representantes comunistas aquí en el Parlamento. Sabe el País también las veces que, desde el punto de vista doctrinario, en defensa de mis ideas, he defendido indirectamente al Partido Comunista. Así ocurrió en el caso en que combatí la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Nuestra actitud es viril y clara.

Cuando el candidato de la Derecha, nuestro respetado colega el Senador Arturo Matte, habla de libertad sindical para todos y derechos ciudadanos para todos, está diciendo, entre líneas, claramente: derogación de la Ley de Defensa Perma-

nente de la Democracia. Cuando el Senador Ibáñez dice, en el Norte de Chile: "El primer acto de mi Gobierno será restablecer relaciones con la Rusia Soviética", está adoptando una actitud política muy clara y determinada; y cuando habla de derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, también pone el acento en un fin determinado: buscar, seguramente, el apoyo del Partido Comunista. Cuando los Honorables Senadores o Diputados del Partido Radical discuten la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, cuando hay una fuerte pugna dentro de esa colectividad en torno a este asunto, también se está mirando hacia los militantes del Partido Comunista. Yo no miré a ellos en actitud oportunista, con el sólo propósito de pedirles sus votos. Lealmente, acepté su colaboración cuando ese partido se obligó a tomar un solo compromiso: luchar por el programa levantado por el Partido Socialista, como cartabón y frontispicio de una actitud política que asumíamos. Ese es el compromiso; y eso es lo que no sólo me satisface, sino que demuestra al País lo claro y limpio de mi actitud. He aceptado complacido la colaboración del Partido Comunista para luchar por puntos de vista esenciales, que estimo beneficiosos para la democracia chilena. No es un programa socialista ni un programa comunista, es un programa que acentúa, y no poco, el progreso del régimen democrático burgués en que vivimos.

Señor Presidente, no deseo extenderme más. Quiero, sí, manifestar que, en el Frente Socialista que existió hasta hace tres meses, había convivencia entre el Partido Socialista Popular y el entonces Partido Socialista de Chile. Quiero hacer presente que se aceptó la colaboración de este Partido y el aporte de sus votos para la candidatura de los señores Weiss y Chadwick. Hoy día, sin embargo, el denuedo y la injuria caen sobre sus militantes.

He creído necesario hacer esta intervención, porque en las palabras del Honorable señor González, dichas con serenidad, hay, indiscutiblemente, el deseo de elevar el tono de las luchas políticas. Pero, al mis-

mo tiempo, ellas son una crítica fuerte al derecho que yo tenía de defender la limpieza de mi acción política y de mi nombre. Ojalá que las palabras de nuestro Honorable colega lleguen primero que nadie a los partidarios del candidato señor Ibáñez. Por mi parte, me mantendré en el terreno donde siempre estuve: el de respeto y de recuerdo cariñoso a la tienda política en que me forjé y a la cual debo todo lo que soy. He tenido discrepancias con los dirigentes del Partido Socialista Popular, por su táctica a mi juicio errada; pero nunca he proferido una sola palabra, ni una sola frase destinada a herir a los militantes socialistas populares o a sus dirigentes rojos.

He traído al Senado las expresiones de un candidato presidencial que superaban en arrebató a las que sus partidarios lanzan en cada esquina, en cada plaza, calle, panfleto o periódico.

El clima de violencia no lo estamos desatando nosotros. No queremos la lucha fratricida. Lo sé, señor Presidente, y lo saben mejor que yo mis Honorables colegas señores, Martínez, don Carlos Alberto, y González. Ellos se fueron tiempo ha; yo me quedé en la tienda política. Ellos volvieron y yo sé que algún día nos encontraremos, como siempre, en un recodo del devenir social chileno, defendiendo al socialismo.

Yo no he renunciado al socialismo, a su ideología, a su filosofía, a sus principios. He dejado una tienda política, cuando creí que el camino elegido por su directiva era errado.

Señor Presidente, no he querido rozar en lo menor, con ninguna de mis palabras, a los Senadores del Partido Socialista Popular, pero he querido también dejar sentado el derecho que tengo para exponer mi pensamiento y, sobre todo, he traído los antecedentes que justifican mi actitud.

Nada más, señor Presidente.

El señor **González**. — Pido la palabra, señor Presidente.

El señor **Alessandri**, don Fernando (Presidente). — Como ha llegado la hora de término de la sesión, solicito el asentimien-

to de la Sala para prorrogarla hasta el final de las observaciones del Honorable señor González.

Acordado.

Puede usar de la palabra Su Señoría.

El señor **González**. — Deseo hacer algunas breves aclaraciones, o, más bien, precisar algunos conceptos que he emitido y a los cuales se ha referido el Honorable señor Allende.

Creo haber sido bastante claro al decir que en ningún momento tuve la intención de desconocer el derecho del Honorable señor Allende para exigir la aclaración del alcance de las expresiones dichas por el Honorable señor Ibáñez en la concentración de Valparaíso.

Lo que efectivamente manifesté fué que consideraba inaceptables los términos del señor Senador para referirse a un colega de esta Corporación y candidato de nuestro partido.

A nadie que lea el discurso pronunciado por el Honorable señor Allende se le escapará que, más que el planteamiento de una posición personal, hay en casi todo su desarrollo un ataque vehemente a la persona del Honorable señor Ibáñez.

Esto es lo que yo considero inaceptable y, sobre todo, la actitud de la Corporación frente a un procedimiento de esta especie.

Soy el primero en lamentar — y lo sabe el Honorable señor Allende — la forma en que algunos elementos llevan las luchas políticas. No necesite siquiera decir que no comparto las expresiones periodísticas, mencionadas por el señor Allende, que implican menoscabo a su personalidad moral. Pero bien sabe el Honorable Senador, hombre fogueado en las contiendas partidarias desde hace muchos años, cómo es imposible mantener un "control" estricto sobre el desarrollo de una campaña de esta índole y cómo, sobre todo y por desgracia, se encienden demasiado los ánimos cuando en un partido como el nuestro, que se encuentra luchando con poderosos enemigos que disponen de todos los medios para entorpecer nuestras iniciativas políticas, se produce la deserción de alguno de sus militantes caracterizados.

Bien se sabe que, por desgracia, los odios de familia son los más tremendos. A los que miramos este problema con objetividad y con serenidad no nos cabe sino lamentar precisamente estas cosas; no las justificamos, pero sí tenemos que explicarlas. Lo que debemos hacer todos — y en esto ojalá, por lo menos en el seno de esta Corporación, se manifestara cierta unidad de actitud — es poner todos nuestros esfuerzos convergentes para dignificar la lucha política, para apartar de ella lo que puede significar menoscabo de esas normas esenciales para la buena convivencia ciudadana. A eso he querido referirme esta tarde.

Lamento, lamentamos nosotros los Se-

nadores Socialistas Populares toda demasia de lenguaje o de conceptos que se haya producido respecto de cualquiera de los candidatos a la Presidencia de la República; pero no creo que por el hecho de haberse producido en círculos que escapan al "control" de los dirigentes superiores pueda incurrirse, en el propio Senado, en procedimientos de la misma naturaleza.

El señor Alessandri, don Fernando (Presidente). — Ha llegado el término de la hora.

Se levanta la sesión.

—Se levantó la sesión a las 19.20.

Alfonso G. Huidobro S.,
Jefe Suplente de la Redacción.